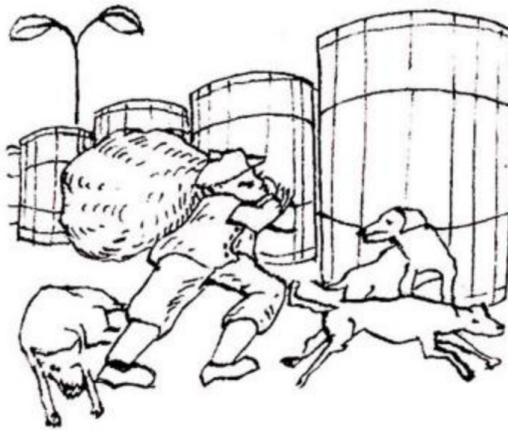


Sucede que la ingenuidad, que en la pintura y en la música a veces logra buenos resultados, a los novelistas los favorece poco. (Incluso ciertas gotas de ingenuidad y de inocencia dan gracia a la poesía en muchas ocasiones). Los novelistas o los dramaturgos por lo general —y hablo de los buenos— son unos monstruos que conocen todos los secretos del mundo y los vericuetos del alma humana, y que gracias a ese don, un tanto diabólico, manejan las cartas con una pericia que los demás mortales no tenemos; por lo tanto, no se resbalan poniendo parrafadas que no vienen al caso a la hora de contar sus historias. Por ejemplo, Francisco Rayo, nuestro protagonista, es un hombre cultivado. Cuando está en Nueva York visita los museos y se deleita viendo pintura, en especial la famosa colección Flick. Cuando está en Florencia, o en Venecia, o donde sea, hace lo propio, y eso no estaría mal; lo que pasa es que arranca a hablarnos de pintura como un niño que ha aprendido bien su lección, y que alardea de sus conocimientos propinándonolos en los momentos más insospechados. Otra cosa: un deber del escritor es eludir los lugares comunes. Y a Botero, para hablarnos de los ojos de una muchacha muy bella, no se le ocurre otra cosa que decir que son de esmeralda. Hombre, si realmente, aparte de la frase ya hecha, los ojos de esa señora son del color de una esmeralda de Somondoco, yo pongo pies en polvorosa, pues no es nadie distinto de Lucifer.



Pero existe una diferencia sutil entre la ingenuidad y el candor. Hay

una escena en la que Rayo entra en uno de esos elegantes restaurantes de la plaza de Santo Domingo, en Cartagena, y nos enumera los comensales del lugar: en una mesa Gabo y Mercedes conversan alegremente con Mario (Vargas Llosa) y Patricia, pues ya han hecho las paces; en otra mesa Juan Carlos Botero, Mario Mendoza y Santiago Gamboa (dos escritores de la generación de Botero y sus íntimos amigos) hablan de literatura, etc., etc. (Si a los platos de ese restaurante les falta tanta sal y tanta pimienta como a esa broma que ha querido hacer Juan Carlos Botero, sugiero que vayamos a comer al restaurante de al lado).



Digamos que estos podrían ser *pecados veniales* en una obra que, mal que bien, tiene sus logros. Ya lo dije, Botero tiene méritos como escritor: los detalles del relato constantemente son acertados, la narración, salvo las puerilidades mencionadas, es fluida y persuade, sabe *sumergirnos* en su cuento y hacer que nos interese en él, pero, me pregunto yo, ¿para qué semejante esfuerzo de construir un edificio de doscientas y tantas páginas, si todo a último minuto lo echa por la borda como el tesoro que Rayo al fin casi alcanza a rescatar? Siempre he tenido la sospecha de que algo de gran importancia para un escritor es saber, antes que nada, el final de lo que quiere escribir; es decir, que tenga un derrotero, aunque a veces se lo modifiquen los demonios ocultos de la invención, pues es parte medular de la concepción de una obra. Y Botero malbarata su historia en un final de disparos de pistola con silenciador,

como en cualquier anodino final de capítulo de serie televisiva. La novela, sin ser una gran alegoría acerca del destino humano, sin proponernos reflexiones trascendentales, como lo hacen la *Línea de sombra* o *Moby Dick*, podría haber sido una aceptable novela de aventuras. Pero su autor no lo ha querido así, y nos defrauda con un desenlace manido. Y ése sí es un *pecado capital* en un escritor.

Cabe agregar, por último, que la novela acaba en punta y que no es improbable que haya una segunda parte, pues el cofre con los lingotes de oro, luego del tiroteo aquel, volvió a quedar en el fondo del mar, y en un sitio tan conocido para Francisco Rayo como para Juan Carlos Botero. Quiera Poseidón, en su trono de anémonas, iluminar al novelista para que, en esa eventual ocasión, las cosas terminen de mejor manera.

FERNANDO HERRERA
GÓMEZ

Penoso de leer

Caminando en el tiempo

Gilberto Castillo

Edipolis Ediciones, Bogotá, 2000,
409 págs.

En la portada del libro, se advierte que es una novela histórica. En rigor, esta expresión es un contrasentido, pues novela se refiere a nuevo, *nouvelle*, e historia, tal como la comprende el autor, según la nota introductoria, se refiere a crónica, relato de hechos y personajes que ocurrieron, salvo dos o tres “creados y ambientados por el autor bajo la premisa de tener que hilar la historia”, y pone de testigos a cronistas como Castellanos, Fernández de Piedrahíta, fray Pedro Simón, Juan Friede y otros. El autor se propone ser neutral, abstenerse de conjeturas, y dejar que el lector “saque sus

propias conclusiones". A diferencia de los antiguos cronistas de Indias, Castillo novela para hilar la historia. Fray Bartolomé de las Casas, en los largos años consagrados a componer *Dstrucción de las Indias e Historia general de las Indias*, en el siglo XVI, más cerca del acontecimiento que aquellos cronistas citados por Castillo, en ningún momento se habría propuesto hacer una "novela histórica", compartiendo el mismo objeto: "reconstruir, con la mayor veracidad posible, la época de la conquista".

bernantes muy poderosos que con sus ejércitos esperaban la menor oportunidad para darles muerte, pero el exceso de confianza los llevó a la derrota". En la pág. 152, leemos: "Atahualpa disfrutó como nadie de la compañía de los españoles: con Hernando Pizarro aprendió a montar a caballo y con Hernando de Soto a jugar ajedrez". Y más adelante: "Consumada la ejecución [decapitación de Atahualpa] Pizarro, vistiendo de luto y después de llorar la muerte de quien era casi su gran

quien el autor atribuye origen judío, escribe: "Ni siquiera el bautismo, ni ser casi apóstol de Cristo en tierras lejanas y difíciles, le bastaron para borrar la 'mancha' adquirida de nacimiento" (pág. 20). Con su anuencia, se juzga al zipa Sapiga, nombra como defensor a su hermano Hernán Pérez de Quesada, se acusa y condena al cacique. "¡De acuerdo! Id por él, pero tratadlo con consideración". Sapiga es torturado hasta la muerte. Luego, el autor nos revela: "Repartir veinte mil castellanos más de oro entre sus hombres, respetando lo que le correspondía a la corona, fue la acción más importante que cumplió Quesada después de la muerte de Sapiga, la que durante algunos días lo llevó a un mutismo casi total" (pág. 309). Hacia el final del libro, leemos: "Jiménez de Quesada sería sobreesido de todos los cargos, menos el de la muerte de Sapiga y los trece mil pesos sacados de la caja real" (pág. 406), pues el licenciado "se arrepintió de dejarlos en el Nuevo Reino y prefirió llevarlos con él a España" (pág. 362), no para engrosar el tesoro de la corona sino su propia bolsa. La patraña de la sumisión indígena encuentra eco también en el autor: "después de la dura muerte permitida sobre Sapiga [el Licenciado] trató de reconciliarse con el mundo prodigándole un trato más benévolo a los indígenas, que ahora se sometían con facilidad a las enseñanzas de la cruz y por lo tanto a la voluntad española" (pág. 323). Quesada había leído al zipa el *Requerimiento*, conminación dirigida a los indios antes de conquistar una comarca: "Porque siendo bienes los suyos de un vasallo rebelde, pertenecen al rey de España por derecho, pues el Papa, delegado de Dios, tuvo por bien darle al rey de España este mundo nuevo". Antes de atacar, prender y secuestrar al zaque de Hunza, lo declara también "rebelado", cosa que pasa por alto Castillo en su libro, así como la reacción del cronista Fernández de Oviedo (a quien aquél no cita): "Digo yo, el cronista, no aceptando el nombre que de rebelde da la relación de este capitán o general [se refiere a



No creemos que exista un sujeto universal del discurso, en la posición del filósofo o del jurista o, más recientemente, del periodista, neutral, realizando el sueño de la Justicia que porta, con los ojos vendados, la balanza a nivel. Basta leer con el ánimo despierta a Juan Rodríguez Freyle (*El carnero*), a José Gumilla (*El Orinoco ilustrado*), a Fernández de Oviedo y su *Historia general y natural de las Indias*, a Bartolomé de las Casas y a Lucas Fernández de Piedrahíta. Cada uno de éstos impregna con una singular tonalidad del alma su obra, sin entrar en minucias todos ellos dicen la verdad, o todos mienten, de acuerdo con el punto de vista que, de cualquier manera, tal como lo demostró Einstein, perturba el fenómeno, de modo que no existe tal cosa como "el hecho en sí", privilegio de un observador omnisciente que sobrevolará la historia caminando en el tiempo. En la página 148 del libro en cuestión se refiere: "y estos hijos del sol conformaban una fuerza mínima que venía a conquistar a go-

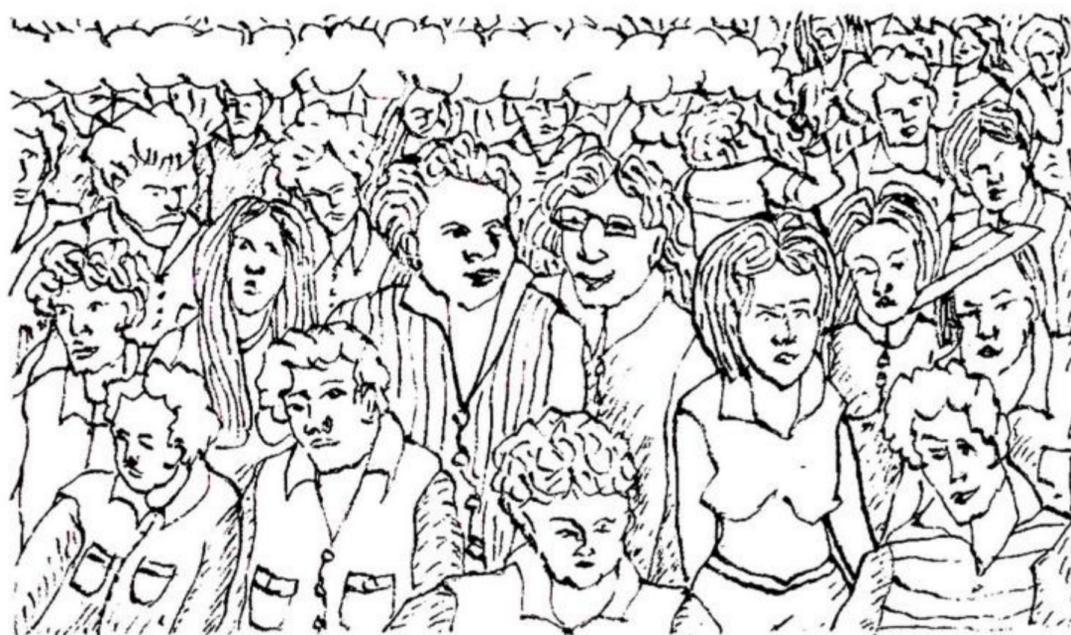
amigo". Mucho más adelante, haciendo coro de la opinión expresada por Colón no más llegando a América y topando los primeros indios, "son muy simples en armas, y cobardes", Castillo, dentro del alma del zipa, escribe: "Pero como ocurría siempre, no fue difícil dispersarlos [a los indios]; bastó con unos cuantos disparos, la jauría de perros y los caballos tendidos al galope contra ellos" por lo que Saquexazipa entendió, con decepción, que la mejor arma de los invasores estaba en la cobardía de sus hombres frente a ellos" (pág. 244). Entrando los cristianos a territorio del cacique Bogotá, "ahora vendría la conquista y la recolección de los frutos que desde un año y quince días atrás sembraron en Santa Marta. La orden de respetar las propiedades de los indígenas y de no cometer atropellos de ninguna índole continuó vigente y el oro y las esmeraldas *que encontraron* en los santuarios y en otros sitios empezaron a llegar". Acerca del licenciado Jiménez de Quesada, a

Quesada] contra [el cacique de] Tunja, que no se puede llamar rebelde quien nunca había dado obediencia, porque, pues este licenciado es letrado, bien debe saber que 'rebeldes discuntur, qui in fide non permanent' [es decir, 'se dicen rebeldes aquellos que no permanecen en la fe']. Así que Tunja [el cacique] no había dado fe ni palabra de sujeción ni amistad, ni la quería con los cristianos, que sin su licencia y contra su voluntad se entraron en su tierra".

considerándose fiel abanderado de Cristo en tierra de infieles.

Juan Friede, en *Los chibchas bajo la dominación española*, se refiere a la "historia blanca", la historia de los vencedores relatada una y otra vez sin descanso, en un tono épico que revela ya en la pág. 25 del libro a su autor: "El 2 de enero, a primera hora de la tarde, el más esplendoroso ejército que jamás había llegado a la Costa de los Caribes, desembarcó en estricto orden, plegando sus estan-

Quesada que fuera Quijada, Quijote, pese a la advertencia del mismo Cervantes, al comienzo de su obra, de que no había que confundir Quijada con Quesada, como habían hecho ya sin maña algunos, por lo que su personaje se llamaría Quijote, único, singular, irrepetible, sobre todo no en este Jiménez de Quesada, quien recogió en su bolsa el dinero recogido entre los soldados de la tropa una vez llegados a territorio muisca, con el propósito de erigir un santuario en acción de gracias por tan soberano beneficio, bien diezmos como estaban, respirando el salutar aire de la sabana en 1537. El santuario nunca se construyó, y aunque Castillo dice en una nota que nunca se supo si fue el cura Domingo de las Casas, a quien no hay que confundir con Bartolomé, aunque Castillo dice que son parientes consanguíneos, o si fue Quesada quien se quedó con la plata, nadie ahora duda con qué recursos se fugó Quesada de la justicia española de juerga por Francia y Alemania exhibiendo sus arreos. La fuente que prometió emplazar en Mariquita quedó como deuda en un testamento a débito pese a sus encomiendas, a sus fincas, habiendo dilapidado bienes, llevado a la consunción cientos de indios, bestias, vituallas, a lo largo de muchas *rancherías* —término éste que le parece a Castillo "bonito y bien acuñado"— en la Sabana y en los Llanos orientales, endeudado, pues, y tendiendo todavía una cuenta de cobro a la vida en su epitafio: "Expecto resurrectionem mortuorum"; esto es, "espero la resurrección de los muertos". Tal vez estaba loco, este viejo paranoico, déspota, jurista y leguleyo, mano derecha del tirano cuya mano izquierda es su hermano Hernán Pérez el Verdugo, quien junto con los capitanes que venían del Perú con Benalcázar y del oriente con Federmann y su tropa, hicieron decapitar al joven cacique Aquiminzaque, y a los caciques principales aplicarles la pena del garrote en medio del inmenso convite ocurrido en la vasta plaza de Hunza por el anunciado matrimonio del joven zaque, adonde habían llegado también los



El autor de este libro penoso de leer se apoya a pie juntillas en autores como Germán Arciniegas en *El caballero del Dorado*, quien considera a Quesada una encarnación del Quijote, así como Salvador de Madariaga considera a Colón una preencarnación de don Quijote, siendo que éste es el emblema por antonomasia de la benevolencia y de la sencillez, mientras estos dos capitanes de industria, sagaces y codiciosos, trampearon en su empresa de conquista y enriquecimiento, secuestrando, ahorcando y decapitando indios para mayor honra de sus Altezas y de Dios, directamente o mediante sus agentes y con su consentimiento, terminando sus vidas en un delirio casi místico, si no estuvieran sus postreras empresas motivadas por la codicia del oro, en la fallida expedición en busca del Dorado de Quesada, que Castillo se abstiene de mencionar para guardar su memoria, y en los largos litigios que consumieron a Colón empeñado en sus *Memorias* en recrear una cruzada,

dartes blanco, verde y gualda, al lado de la bandera de España que flotaba orgullosa".

Hoy ya no es posible tapar el sol con las manos (este mismo sol que adoraban los indígenas) pretendiendo hacer valer semejante discurso.

En 1992, quinto centenario del descubrimiento de América, don Germán Arciniegas fue invitado por la presidencia de la república a participar en una comisión que iba a integrarse para celebrar el aniversario de dicho acontecimiento, visitar España y saludar a sus majestades, los reyes. Don Germán declinó la invitación. Iba a cumplir 92 años y quería dejar constancia durante sus siete años venideros, hasta cumplir 99, de que para él, historiador que había bebido en fuentes originales de los antiguos cronistas de Indias, no había nada que exaltar a propósito del arribo de Colón y la posterior fundación de la ciudad de Santafé por Quesada y su tropa, aunque años atrás hubiera celebrado esta incursión, imaginando a un

jefes y guerreros y brujos venidos de Ramichincha Gagua, el templo del Sol en Sugamuxi. Si Quijada estaba loco, la locura del Quijote es otra. "Ese amo tuyo debe de ser un loco", dijo Tosilos a Sancho. "¿Cómo debe?", —replicó Sancho—. No debe nada, que todo lo paga, sobre todo si la moneda es locura". El Quijote murió como Sancho, en paz con la vida: "Desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano". Las cosas se parecen a su dueño, y el estilo de la obra de Castillo es un español rimbombante donde revolotean mariposas en el vientre de la joven de piel de luna y cabellos profundos y negros. Pregunta el zipa: "¿Del sueño la fura [mujer] dónde está? O bien: "¿Decir sueño qué?" (pág. 42). ¿Hablaban así los indios en su propio idioma?

RODRIGO PÉREZ GIL

La mejor lograda en comparación con su obra anterior

Sangre ajena

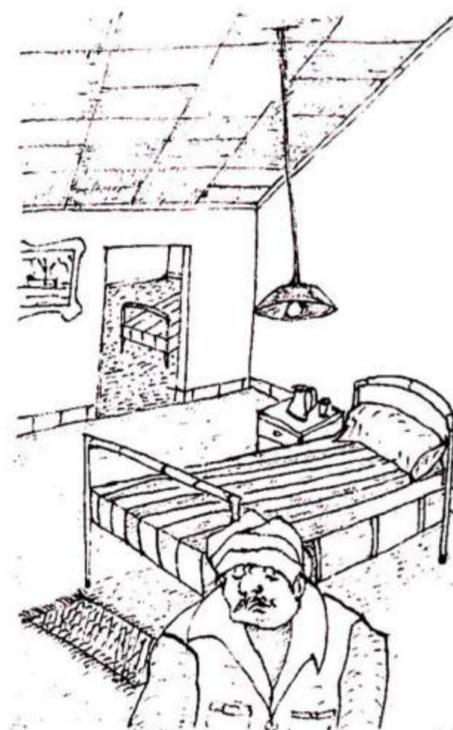
Arturo Alape

Planeta / Seix Barral Editores, Bogotá, 2000, 178 págs.

La tendencia general hoy de la narrativa en Colombia parece ser la marginalidad, cualquiera que sea la orilla ideológica desde donde ésta se enfoque. Es claro, además, que dicha tendencia se ha convertido casi en una constante, no sólo entre nosotros, sino también dentro del ámbito latinoamericano. Las razones para ello, aparte de las de tipo ideológico, implícitas en la mayoría de las obras aparecidas en los últimos años, parecen corresponder a otros fines en los cuales se hallan comprometidos diversos intereses, y uno de ellos, quizá el más importante, es lograr asegurar de antemano una acogida favorable del público hacia el

cual están dirigidas, pues suponen sus autores, y no les falta razón para ello, que existe en sus posibles lectores una preferencia por lo marginal, por el mundo de los desposeídos, el cual, además de ofrecer un espacio para los contenidos ideológicos expuestos como denuncia tácita, suscitan un interés morboso por todo aquello que caracteriza el universo oscuro de los bajos fondos y sus gentes, con toda la carga de horror o de patetismo, de violencia y de libertinaje. Lo marginal, lo subterráneo, tendrá siempre un interés fascinante para todo aquel que se encuentra situado en el lado opuesto (o que cree estarlo). Así, entonces, la mezcla de denuncia social y tremendismo se ha ido convirtiendo últimamente en una receta salvadora que eventualmente puede reportar una acogida masiva (venta segura de toda la edición), como también la aprobación de un sector numeroso del público, aquel que sólo reconoce mérito a un tipo de literatura cuyo único fin sea denunciar la injusticia imperante y de paso satisfacer las expectativas de los lectores que esperan una buena dosis de tremendismo. En este mismo medio se ha hablado en otras oportunidades de obras inscritas dentro de esta tendencia; en otras palabras, de la llamada *novela negra*, subgénero éste que resulta ser el más apropiado para tales propósitos. Se ha dicho en aquellas ocasiones que la novela negra ofrece características que le son propias y que la diferencian en un todo y por todo de las auténticas obras de creación; es decir, obras en las cuales su autor, alejado por completo de cualquier propósito diferente al de transponer por medio de un manejo magistral del lenguaje la realidad cruda y trivial, se embarca en una auténtica labor de creación literaria, o sea artística, pues cree por adelantado que la razón de ser —y, por ende, de los méritos que la caracterizan— es la novela auténtica, esa obra de gran aliento en la que la realidad es sólo un punto de partida que debe conducir la obra a una suprarrealidad inefable, la del arte, y en la cual lo

prosaico, lo cotidiano, asume la naturaleza de lo poético. Pero esto corresponde a un difícil manejo de las palabras que no siempre está al alcance de todos, pues éstas, en manos del novelista auténtico, deben en última instancia dar paso a un lenguaje único en el que lo trivial, lo cotidiano, resulta transmutado en verdadero arte. De esta forma lo cotidiano asume el carácter de lo extraordinario, no como algo que se aleja de lo corriente o conocido sino como el lado oculto y desconocido que la magia del lenguaje logra develar. Otro tanto sucede con la trivialidad, inseparable de la realidad pura y escueta, la cual, bajo la mirada develadora del novelista o del poeta, adquiere la trascendencia de lo maravilloso y se hace memorable. No es, entonces, la anécdota en sí misma, por terrible o sorprendente que pueda ser, la que confiere valor a lo narrado, sino lo que se desprende de ella como arte. No son el horror o la violencia, el altruismo o la vileza expuestos en su más cruda objetividad lo que logra conmover las fibras más íntimas del alma del lector sino la súbita revelación de estos aspectos de la condición humana que sólo el arte verdadero logra poner al descubierto.



Sangre ajena, de Arturo Alape, se aleja de la intención denunciadora o reivindicadora que caracteriza al resto de su producción novelística y periodística, fuertemente marcada